

Evangelización de la cultura y pastoral popular

Enrique C. Bianchi

Pontificia Universidad Católica Argentina

Lo que hoy se conoce como Teología del Pueblo podría ser considerada como una variante argentina de la Teología de la Liberación. Aquí la recepción conciliar estuvo marcada por la relación Iglesia Mundo tal como la plantea Gaudium et Spes y por categorías como “Pueblo” de Lumen Gentium y “cultura” de Gaudium et Spes.

Esta reflexión estuvo siempre atravesada por una intencionalidad pastoral. El padre Rafael Tello insistía mucho en esto:

se hace teología no como una cuestión de academia sino para buscar los caminos por los que Dios lleva a los cristianos de América Latina y potenciarlos.

Para intentar presentar a trazos muy gruesos la propuesta de pastoral que de aquí se desprende voy a presentar tres puntos: Primero la noción de cultura, segundo la aplicación a la cultura popular latinoamericana y por último la estructura de la pastoral popular que se desprende de esta propuesta.

1. Importancia pastoral de la cultura

El uso teológico de la noción de cultura se remonta al Concilio Vaticano II. Todos usamos cotidianamente la palabra cultura, pero hay que tener en cuenta que es un término polisémico y que en teología se lo usa de un modo muy preciso. Es el modo que inaugura Gaudium et Spes (le dedica todo un capítulo a la cultura). En el número 53 explica que cultura significa “todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales”. Como consecuencia de un “diverso modo de servirse de las cosas” surgen estilos de vidas diversos en cada comunidad histórica. Este aspecto histórico de la cultura -cultura como estilo de vida- es el que asume sobre todo la reflexión teológica latinoamericana y queda plasmado en Puebla. Allí los obispos llaman a la Iglesia latinoamericana a hacer una opción por la evangelización de la cultura como camino para llegar al hombre concreto. Es interesante lo que señala J.C. Scannone

acerca de que Puebla reformula la definición de cultura de *Gaudium et Spes*, cambia los acentos y le da más importancia al aspecto social de la cultura. En su definición, Puebla agrega como al pasar la expresión “en un pueblo”, resaltando que la cultura brota siempre de un pueblo:

“Con la palabra «cultura» se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios” ... «el estilo de vida común» (GS 53c) que caracteriza a los diversos pueblos”.

Esta definición de cultura con acento latinoamericano que ofrece Puebla, más entendida como estilo de vida, como actitud ante la vida y la muerte, se reflexionó sobre todo en la teología argentina. El padre Tello explica que la dimensión cultural es intrínseca al modo de vivir el cristianismo:

“La Iglesia es depositaria de la fe tal como ha sido revelada por Dios en Jesucristo. Pero la fe se apoya en un sujeto natural, es también un acto humano. Por ello en la fe, que es revelada y sobrenatural, habrá también un ‘modo humano’ de vivir y practicar esa fe. Sin ese modo humano que puede ser muy variado, la fe no puede existir. La fe no existe si no es en un sujeto determinado, que tiene su propia cultura. La Iglesia Católica Latina vive y practica su fe revelada con su propio modo humano cultural. Y esa misma fe revelada, la Iglesia Oriental la vive con su propio modo humano cultural. También la Iglesia primitiva tuvo su propio modo humano, distinto del de la Iglesia actual.

El pueblo Latinoamericano recibió y tiene la fe revelada, verdadera pero asumida en su propio modo humano cultural”.

Como trasfondo de esto está la idea de que, ya que la naturaleza humana siempre está encarnada en un sujeto de carne y hueso que vive en una cultura concreta, así como se dice que “la gracia supone la naturaleza” podemos decir que “la gracia supone la cultura”. En cada medio histórico el Evangelio florece de diversas maneras. Dios da la gracia para salvar y esa gracia supone –“se acomoda a”– la cultura de ese pueblo.

Esta noción de que la gracia supone la cultura es asumida en *Evangelii Gaudium* en esta misma línea. Desde una perspectiva más universal, y para favorecer una “saludable descentralización de la Iglesia”, Francisco -un papa venido de un paradigma cultural no europeo- fundamenta teológicamente la posibilidad de un cristianismo pluricultural y reclama enfáticamente:

“No podemos pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura”.

Según esto, la cultura diversifica las expresiones cristianas. Pensemos que el cristianismo sin determinaciones culturales no existe (al menos en la tierra). Nunca hubo un cristiano que no

viva inmerso en una cultura. Es fácil reconocer esa diversificación en la historia: de un modo se vivía el cristianismo en la Iglesia africana de San Agustín (s. IV) y con otras características se vivió la fe en la Europa medieval de Santo Tomás (s. XIII). Pero también hay que reconocer esta diversificación en el presente: el cristianismo puede expresarse con un rostro en China, de otro modo en Europa y con otros modos culturales en América Latina.

Pero tampoco se trata de una dispersión relativista. La unidad de las diversas expresiones culturales del cristianismo la da el Espíritu Santo. No es una unidad “uniforme” (al modo de una esfera) sino que alberga en su seno tantas expresiones culturales de lo cristiano como pueblos en los que se haya inculturado el Evangelio. Por eso, el cristianismo tiene tantos rostros como culturas en los que fue encarnado.

Además, la cultura brota siempre de un pueblo. Pero los pueblos están en constante intercambio vital. Más ahora con la penetración de los medios de comunicación. Por eso, en los individuos concretos no es fácil que se dé una cultura en estado puro sino que hay siempre una mezcla de culturas. En América Latina –dirá Tello– hay dos corrientes culturales dominantes. Por un lado es notable la presencia por un lado de una cultura popular, de raíz latinoamericana y más presente en los pobres y por otra parte una cultura moderna, de raíz europea y más fuerte en las clases medias y altas.

2. La cultura popular latinoamericana

Afirmar que en América Latina nació un cristianismo de rostro propio supone una lectura teológica de la historia de la primera evangelización del continente. El padre Tello desarrolló bastante esta lectura. Él explica que, si bien lo que conocemos hoy como cultura popular se fue gestando durante cinco siglos, su punto de origen debe situarse en el choque que se dio en el siglo XVI entre la cultura indígena y la europea. La llegada de los europeos y su sed de oro a estas tierras cambió violentamente el escenario en el que vivirían los indios. En pocos años vieron destruido su universo simbólico y debieron forjarse un nuevo modo de pararse ante la vida. Por otra parte, junto con los conquistadores también vinieron misioneros con sed de almas que trajeron el mensaje de Cristo. En esa situación de desolación y dominación el mundo indígena entró en una gran crisis

cultural. Se vieron obligados a reconstruir su estilo de vida y lo hicieron asumiendo las respuestas cristianas ante las grandes cuestiones de la existencia humana. No asumieron la cultura del dominador pero sí los elementos esenciales de la nueva fe.

Esto constituyó un nuevo pueblo al que se fueron agregando durante cinco siglos los pobres de cada tiempo (mestizos, negros, españoles pobres, gauchos, inmigrantes, etc.).

Esta actitud ante la vida de aquellos primeros indios y mestizos dominados sigue viva hoy especialmente entre los más pobres de América Latina. Desde una mirada teológica de la historia podemos decir que es un hecho que en estos cinco siglos el Espíritu ha elegido ese camino para atraer a la comunión con Dios a millones de sus preferidos.

Digamos también que este nuevo rostro del cristianismo se expresa en la rica religiosidad popular de nuestro pueblo, pero la excede por mucho. La piedad popular es como la punta del gran iceberg que es la vida cristiana popular. El núcleo de la cultura popular está -según Tello- en dos rasgos esenciales: un deseo de reconocimiento de la dignidad de todo hombre y una actitud existencial que reconoce la presencia de Dios en la vida diaria y el destino eterno de la misma.

3. La pastoral popular

Digamos unas últimas palabras sobre el lugar de la reflexión teológica en la pastoral popular tal como la concibe Tello. En realidad, la pastoral popular la hace el pueblo al expresar y transmitir su fe según sus modos propios. Pero esto no se hace independientemente de la Iglesia. Es ella quien fue enviada por Cristo a evangelizar. Para explicar mejor esto, Tello profundiza aún más y sostiene que en el modo en que el pueblo transmite su fe subyacen tres momentos de fuerzas que por practicidad llamaremos simplemente fuerzas. Una fuerza central y principal en la que “el pueblo evangeliza al pueblo” (1): es la vivencia misma de los valores evangélicos en la cultura popular que hace que éstos se difundan y se transmitan entre los miembros del pueblo. Una segunda fuerza sería “la Iglesia evangeliza al pueblo” (2): ésta cronológicamente es la primera y se da en la acción evangelizadora de la Iglesia; por último, hay un tercera fuerza en que “la Iglesia ayuda al pueblo en la obra de la evangelización” (3): serían las acciones pastorales de la Iglesia en las que acompaña y alimenta las formas de evangelización propias del pueblo.

En esta tercera fuerza, en la que la Iglesia busca entender los caminos por donde anda la fe del pueblo, la teología tiene mucho para ofrecer. Le toca, para empezar, intentar poner en palabras teológicas esos caminos para que la Iglesia los reconozca. No es lo mismo, por ejemplo, pensar que todos debemos ser cristianos al modo occidental y moderno y los pobres hacen lo que pueden con su religiosidad de segunda, que pensar que hay otros modos culturales de ser cristiano distintos del europeo y que es eso lo que viven los pobres aunque nosotros sólo vemos la punta del gran iceberg que es el cristianismo popular latinoamericano. La teología puede explicar esa diferencia.